

Cómo murió Leandro Valle

Me viene la conformidad luego que recuerdo que murió por su patria.—*Ignacia Martínez, madre de Leandro Valle.*

Junio 23 de 1892.

Iniciando en el Congreso la supresión de los tratamientos oficiales, supo la muerte de Santos Degollado, y ciego de ira dejó escapar una palabra dura en su contra, la cual originó con el general Nicolás Medina un serio altercado, que debía de terminar en duelo.

—Estas charreteras me las he puesto á cañonazos—dijo exaltado, palmeándose los hombros.

Una mañana, ¿quién de aquella época preñada de odios no la recuerda? Leandro Valle, montado en San Pedro (un brioso caballo alazán tostado), vestido de gris, luciendo la militar botonadura dorada, fieltro negro, botas federicas, el pelo al rapé, barbilampiño, radiante de gloria y muy joven aún, salía de la casa núm. 4 del Tercer Orden de San Agustín, para marchar á la cabeza de las fuerzas que el gobierno creía suficientes para exterminar á las reaccionarias de Márquez y Zuloaga, que, después de asesinar á Ocampo en Caltenango, invadían ahora el Estado de México. A la vez el coronel Tomás O'Horán venía de Toluca para operar de acuerdo sobre el enemigo en el monte de las Cruces. El general José María Arteaga iba por otro lado al mismo punto.

Turbado por tristes presentimientos, Valle se había despedido de la que pronto sería su esposa, la señora Luisa Jáuregui de Cipriani, prometiéndole la victoria. De paso por la Calle Real de Tacubaya, dió también su adiós á doña Ignacia.

—Tal vez no nos veamos más. ¿Quién sabe si me ahorquen, madre mía!—exclamó, echándole los brazos; mientras ella, creyente

fervorosa, le colgaba al cuello un relicario de la Virgen de los Remedios.

—No, no quiero: dirán que una cosa creo y otra predico.

—Mira, Leandro, hazlo por mí.

La noche del 22, Márquez y Zuloaga tuvieron noticia en Atlalulco de que O'Horán, de Toluca, y Valle, de México, salían á combatirles, y dispusieron marchar en la madrugada del 23 para darles encuentro en el monte de las Cruces. A las diez y media de la mañana, las avanzadas de la caballería de los coroneles Almancia y Juan Silva, tiroteaban á las de Valle en la Maroma. Luego Márquez ordenó cargar y empeñóse sangrienta batalla bajo fuego nutrido, hasta cerca de la una de la tarde, en que Valle, en una loma, ya sitiado, y á la desbandada y muerta parte de su tropa, formó cuadro. Debilitado el flanco izquierdo de los batallones de Moctezuma y 2º de Zatecas, hizo en triángulo resistencia y á continuación en zigzag para luchar á bayoneta calada. Al ver lo irremediable, montó en San Pedro y rompió el sitio. Un piquete de la caballería enemiga le persiguió á escape y le hizo prisionero en Santa Fe. Desgarraban el cielo nublado uno que otro tiro de los dispersos en la espesura del monte, cuando Lindoro Cajiga y el coronel Jiménez Mendizábal aparecieron en el campo de la guerra conduciendo á Leandro Valle. Se aproximó con asombrosa tranquilidad fumando un puro, rodeado de una turba furiosa que le befaba, gritando: ¡muera el Pelón! ¡mátenlo! ¡mátenlo! Avisaron á Márquez, quien se encontraba con su estado mayor y Zuloaga en una explanada, que habían hecho prisionero á Valle.

—Supongo que á éste sí lo fusilaremos—dijo Márquez á Zuloaga, apenas se le rindió el parte.

—A éste sí, porque lo hemos cogido con las armas en la mano—afirmó Zuloaga. *

Y Márquez extendió con fruición la orden, que dice:

“Ejército Nacional.—General en Jefe.—Leonardo Márquez, Ge-

* Con este motivo, alegándome el general Félix Zuloaga que no había tenido ningún participio en la muerte de Ocampo y sí en la de Leandro Valle, declame: —¡uzgue usted lo que yo era cuando Márquez: estando en Ayutla, un señor Cortina, español, me cobraba por haber estado en su casa y por asistencia; le pedí dinero á Ismael Piña, que era el tesorero, y me lo negó. Pero, hombre, le dije: . . . ¿me niega usted á mí, que soy el Presidente?—Sí, me contestó, porque no tengo orden de Márquez.—Pero ¡si yo soy el Presidente! Y me quejé á Márquez.

neral en Jefe de este Ejército, ordeno que el Capitán de Ingenieros que pertenece á mi Estado Mayor, Manuel Beltrán y Puga, se encargará de pasar por las armas al traidor á la patria D. Leandro Valle, el cual será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga, y después de haberle fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores, para lo cual pedirá en el escuadrón de Exploradores Valle, doce hombres al Comandante de escuadrón D. Francisco Aldana.

“Por lo tanto mando que le comunique esta orden á dicho Capitán. Dios y orden. Cuartel General de Salazar, Junio 23 de 1861.—*L. Márquez.*—Al Capitán de Estado Mayor *Manuel Beltrán y Puga.*”

Lindoro Cajiga y Jiménez Mendizábal cargaron á la derecha del camino con el preso, y en un claro del monte hicieron alto.

—Por orden del general Márquez—hizo saber un ayudante á Leandro Valle—tiene usted media hora para disponerse.

—Hace bien Márquez—dijo Valle—porque yo no le hubiera dado ni tres minutos.

Y empezaron los preparativos del fusilamiento. Ordenaron á Valle que se apeara de San Pedro, porque le iban á pasar por las armas. Permaneció de pie cerca de un tronco de árbol. Una escolta de infantería esperaba la voz de mando. Al aparecer el capitán que debía ejecutar, Valle, desabrigándose, dijo al P. Bandera, capellán del ejército reaccionario:

—Padre, le regalo á usted mi capa.

Sus botas federicas se las dió al coronel Ismael Piña.

En este instante, Negrete se presentó á caballo.

—Señor general, yo soy el general Miguel Negrete, por cuya cabeza ha ofrecido usted mil pesos; hoy no quiero más que darle á usted un abrazo.

—Con mucho gusto.

Se apeó Negrete y abrazó á Valle, y éste le regaló su reloj, diciéndole:

—Como un recuerdo.

Otra voz salió del grupo que rodeaba á Valle, la del coronel Agustín Díaz.

—Un antiguo compañero de usted, de colegio, desea tener esta misma satisfacción.

Valle le abrió los brazos.

—Deseo escribir á mi familia—suplicó al capitán.

En un plieguito de papel escribió con lápiz esta carta:

“En el Monte de las Cruces, Junio 23 de 1861.—Padre y madre queridos; hermanos todos. Voy á morir, porque esta es la suerte de la guerra, y no se hace conmigo más que lo que yo hubiera hecho en igual caso; por manera que nada de odios, pues no es sino en justa revancha. He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan ustedes, y que nuestro nombre sea honrado como el que yo he sabido conservar hasta ahora.

“Padre y madre. A. . . . esa carta, á mí, un eterno recuerdo. También de tí me acuerdo, Agus *, tú has sido mi madre también.

“A mis hermanos y amigos, adiós.”

Reinaba el silencio del respeto que produce el heroísmo.

Así que terminó, el P. Bandera le dijo:

—Confíese usted.

—No, no me confieso.

El capellán insistió acercándosele, cubriéndole con su capa (comenzaba á gotear) y hablándole al oído para convencerle.

—Estamos perdiendo el tiempo, Padre: ustedes tienen que hacer.

Valle descolgóse un *bejuco* de oro y el relicario que su madre le había puesto, y dijo á uno de tantos:

—Le suplico que entregue usted á la señora Ignacia Martínez este bejuco y este relicario, que no es muy milagroso.

Sacó de sus bolsillos el dinero que tenía y lo puso en manos del capitán para que lo repartiera entre los soldados que lo iban á fusilar

Como viera que le apuntaban por las espaldas, manifestó indignado:

—¿Por qué me han de fusilar por detrás, si no soy traidor?

Supo que la orden era terminante, y entonces dió las espaldas al pelotón, diciendo:

—Lo mismo da morir por delante que por detrás.

Le miraban los ojos de los fusiles, cuando volvió la cara y advirtió á uno de los soldados que se le había caído la cápsula.

Efectivamente, así había sucedido.

Terminada la ejecución, Márquez mandó colgar el cadáver de un árbol. Ratificaba la promesa que había hecho en Tacubaya el inolvidable 11 de Abril: *Estos jóvenes de valor y de talento son los que necesitamos hacer desaparecer.*

* Agustina Valle, su hermana.

Una rarísima bonita acción: Luis Alvarez, ayudante de Leandro Valle, se salvó, porque á su padre don Melchor Alvarez debía Márquez toda su educación.

Sabidas las noticias del desastre en México, el general Felipe Berriozábal dispuso en Toluca que el coronel Tomás O'Horán, al mando de un piquete de tropa, fuera á buscar el cadáver de Leandro Valle. Pendiente de un árbol del camino estaba, con este letrado á los pies: *Jefe del comité de salud pública*, y cerca, en la misma postura, el cadáver de su ayudante Aquiles Collín.* Bajo éste, un perrito que le acompañó siempre en campaña, rascaba tierra y aullaba con la mirada fija en los restos de su amo. El perrito fué á parar en poder de la señora Isabel Ochoa, esposa del general Berriozábal. A los cinco días desapareció, y mandado buscar, lo hallaron en el monte de las Cruces, abajo del árbol en que suspendieron á Collín: aullaba, rasca-ba tierra y miraba lastimosamente arriba. Llevado de nuevo á la familia, huyó á los pocos días; pero esta vez fué hallado ya muerto bajo del mismo árbol en que habia estado pendiente el cadáver.

El día 28 supo la señora Ignacia Martínez que el cadáver de su hijo llegaría á Mulitas y salió á su encuentro. "Yo estaba loca de dolor, cuenta. Lo ví venir en hombros de unos indios y escoltados por unos de á caballo. Subí á un coche y lo seguí. En la garita de Belém cedieron á mis ruegos Alcalde y el *Huero* Medina para que me deja-

* Dice el general Miguel Negrete en sus *Memorias*, inéditas aún:

"De Cuautitlán nos dirigimos por Huisquilucan para el monte de las Cruces, porque de México habia salido una columna á atacarnos y otra de Toluca al mando del señor general don Felipe Berriozábal; esta segunda columna fué batida y completamente derrotada, haciendo prisionero al señor general don Leandro Valle, quien fué fusilado á las cinco de la tarde, habiendo salvado ya un extranjero, Aquiles Collín, ayudante suyo, de que lo hubieran fusilado también."

Casi al terminar la guerra separatista, el general Negrete fué á San Antonio, Texas; y le picó la curiosidad las atenciones de que era objeto por parte de todo el personal del hotel en que se habia hospedado. Su nombre estaba inscrito á secas en el pizarrón y nadie parecia conocerle. La víspera de su regreso á México compró dos caballos al dueño del establecimiento y quiso saldar sus cuentas. El administrador le manifestó:—No debe usted nada.—¿Cómo nada?—Pues sí, señor; nada.—Pero si aquí me he hospedado, y he subsistido, y he comprado los dos caballos.—Nada debe usted, mi general—dijo el propietario descorriendo el velo del enigma y abrazando muy conmovido á Negrete.—¿Por qué no he de deber nada?—Porque á usted le debo mi vida: yo soy Aquiles Collín, á quien usted salvó en el monte de las Cruces cuando Leandro Valle fué fusilado.

El señor general Aureliano Rivera, que también estuvo en la Maroma á descolgar el cadáver de Valle, asegura que no vió el de Collín.

Pero sobre estos testimonios, á nuestro parecer, está el del general Ignacio Bravo, testigo de vista.

ran verlo, diciéndome:—"Pero sólo lo va usted á ver, nada más á ver." Destaparon la caja. ¡Ah! estaba hasta en paños menores."

Ayer esta venerable anciana, que cuenta de edad ochenta años y que recibe del gobierno cien pesos mensuales de pensión, me decía:

—Ahí, en este armario, tengo la camisa ensangrentada que traía Leandro; pero hace treinta y dos años que no la veo, no quiero verla. Y ya él presentía su fin. Me contaron que cuando llegó al monte de las Cruces, dijo:—"Me huele aquí á muerte."*

ANGEL POLA.

* Este artículo es el resultado de entrevistas que el autor ha tenido con la señora Ignacia Martínez y los generales Felipe Berriozábal, Refugio Y. González, Aureliano Rivera, Nicolás Medina, Félix Zuloaga, Miguel Negrete y el coronel Agustín Díaz.